

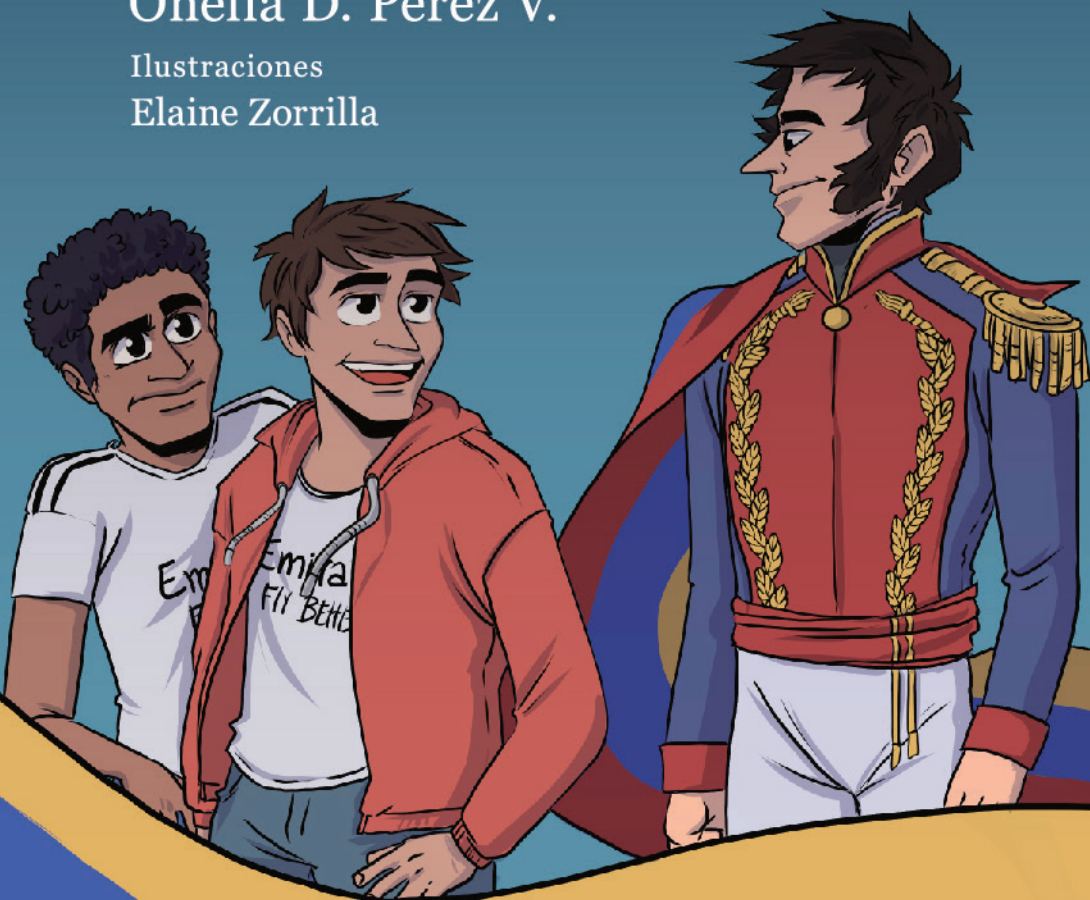


Conocimos al Libertador

Onelia D. Pérez V.

Ilustraciones

Elaine Zorrilla



- COLECCIÓN JUVENIL -

Primera edición:

© Centro de Estudios Simón Bolívar, 2025

Dirección editorial

MaR

Coordinación editorial

Mariangélica Delgado Vilera

Edición

Rongny Sotillo

Corrección

Mariangélica Delgado Vilera

Diseño de portada y diagramación

Mónica Piscitelli

Ilustraciones

Elaine Zorrilla

Amigos del Noveno Arte

@fanelma_art

ISBN: 978-980-7975-71-1

Hecho el Depósito de Ley:

Depósito legal: DC2025000899

Caracas, Venezuela, 2025

- COLECCIÓN JUVENIL -

Conocimos al Libertador

Onelia D. Pérez V.

Ilustraciones
Elaine Zorrilla

**GANADOR DEL I CONCURSO
BOLÍVAR CONTADO PARA JÓVENES**

Centro de Estudios

Simón
Bolívar





Presentación

La literatura destinada a un público joven en edades de pre y adolescencia, no es comúnmente asumida por los escritores de material infantil. Y esa es precisamente una de las fortalezas que el jurado del “I Concurso Bolívar contado para jóvenes” determinó para decidir que *Conocimos al Libertador*, fuese la pieza ganadora en el certamen impulsado por el Centro de Estudios Simón Bolívar como parte de su programa educativo.

Conocimos al Libertador es un viaje al pasado, pero con elementos que lo conecta con el presente en un código absolutamente natural para los jóvenes: la virtualidad, lo digital y la inteligencia artificial. Es, sin duda, un interesante ejercicio de enseñanza de la historia que utiliza elementos contemporáneos para acercarla al lector.

Con un lenguaje ameno, acompañado de hermosas ilustraciones, la obra ofrece una trepidante narración que invita a luchar junto al Libertador por la libertad y a no abandonar los sueños por más difíciles que parezcan. Es un encuentro con el General Bolívar, emocionante e inolvidable, que no dejará indiferentes a los jóvenes lectores.

CENTRO DE ESTUDIOS SIMÓN BOLÍVAR

*Para el capitán de mi equipo, el goleador de mi corazón:
mi esposo Thommy Ramos y nuestros dos delanteros
digitales, Emmanuel y Ángel David.*

Conocimos al Libertador

Hace más de una década, viví una increíble experiencia; hoy día, muchos siguen debatiendo si fue un sueño o una muy creativa invención mía, pero nadie cree que sea real. Sin embargo, no me importa; de hecho, he sabido sobrellevar con mucho orgullo la mofa que me acuñaron en la escuela y que he oído miles de veces, en los recreos y en cada salida de clases: “¡José Palomo, con Bolívar en el lomo!”

No me interesé en la mecánica, como quería papá, ni en la medicina, como quería mamá. Lo mío es la historia y la literatura. En mi habitación no encontrarán un póster de ningún artista, tampoco figuritas de anime o música; lo que sí tengo es un póster, una figurilla ecuestre y decenas de libros, ya saben en torno a quién: sí, Simón Bolívar. Obviamente es difícil escapar de la presión social, así que, eventualmente, me uno a ver partidos de fútbol y jugar videojuegos con mis amigos.

—¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

—¿Sí?

—¡Soy David! ¡Abre ya! ¿Qué hay? ¿Sigues leyendo? ¡No, no contestes! ¡Ya sé que sí!— dijo cruzando la puerta y arrojándose sobre mi cama.

—¡Hola, estoy bien, gracias! ¿Y tú? —pregunté tras un suspiro.

—¡Oye! ¡Salgamos, es sábado! ¿Dónde está tu camiseta? —preguntó mientras hurgaba en mis cajones.

—¡Ya basta! ¿No tienes suficiente desorden en tu casa que lo estás compartiendo? —dije recogiendo la ropa y cerrando los cajones.

—¡Hoy juega el Real Madrid! ¡Anímate! ¡Vamos a casa de Gabriel y así estrenamos sus VR! —gritó en medio de la habitación.

—¿VR, has dicho? —pregunté.

—¡Sí! ¡Lentes de realidad virtual! ¡Obvio lo sabes! ¿O no? —preguntó con tono burlesco.

—¡Sí, sí, claro! ¡Está bien, iremos, pero solo un rato! —accedí tratando de tranquilizarlo.

—¡Ya lo sé! ¡Volverás aquí a sumergirte en largas horas de infinitas páginas de la historia bolivariana! —dijo con voz solemne.

—¡Oye! ¡No te burles! ¡Te haría bien interesarte en la historia! —respondí arrojándole la almohada.

—¡Amigo! ¡Estudio electrónica! ¡Sé de historia lo que tú sabes de amperios! —comentó entre carcajadas.

—¡Ya basta! ¡Tomaré una ducha y nos vamos!

—¡Sí! —gritó a todo pulmón.

—¡El Libertador de mediodía y sus compañeros de armas! —susurró sosteniendo mi libro.

—¿Estás leyendo? —pregunté desde el baño.

—¡Claro que no! ¡Date prisa! —respondió arrojando el libro sobre mi cama.



De camino a casa de Gabriel, David no paró ni un instante de hablar acerca de los increíbles gráficos del videojuego y la inmersión que este ofrece.

—¡Toca toca! ¡Toca toca!

—¡Ay! ¡Hola! ¡No lo puedo creer! —gritó Gabriel al abrir la puerta.

—¿Qué hiciste para arrancar al ermitaño de su libresca vida? —le preguntó a David.

—¡Ahí! ¡Solo tuve que fastidiarlo un poco! —respondió orgulloso.

—¡Entonces no fue difícil para ti! ¿Cierto? —agregó mientras nos reíamos a carcajadas.

—¡Un momento! ¡Traes tu camiseta! ¡Significa que veremos el partido! —gritó subiéndose al sofá.

—¡Sí, sí, ya bájate o le dará un infarto a tu abuela! —dije bromeando.

—¿Alguien me llamó? —preguntó la abuela de Gabriel desde la cocina.

—¡No, no, estamos bien abuela! ¡José y David vinieron a jugar y a ver el partido! —respondió Gabriel.

—¡Hola, muchachos! ¡Dios los bendiga! ¡Tenían días sin venir! ¿Cómo están sus mamás? —preguntó la abuelita.

—¡Bien, gracias a Dios! —respondimos David y yo al unísono.

—¡No suban los pies al sofá y no dejen latas de refresco sobre la mesa! —advirtió la abuela acercándonos un tazón con tequeños y empanadas.

—¡Abuela! ¡Eres la mejor! —gritó Gabriel dándole un beso.

— ¡Ya, ya, mijito! ¡Coman algo! —dijo retirándose a la cocina.

—¡Tienen que probar los VR! ¡En serio, es lo más brutal que verán hoy! —dijo Gabriel instalando el videojuego.

—¡Bien! ¿Tendremos que jugar por turnos o cómo es? —pregunté con curiosidad.

—¡No se preocupen, colocaré un multijugador! ¡Solo siéntense, coloquen los visores sobre sus ojos y ya! ¡Si quieren salir del juego, se los quitan! ¡Es muy simple! En realidad los juegos son bastante intuitivos. ¡No requieren instrucciones! —explicó Gabriel con entusiasmo.

—¿Quién escribió el libro que estás leyendo? —me preguntó David mientras se acomodaba en el sofá.

—¿Es en serio? Estás a punto de jugar con las increíbles gafas de las cuales no has parado de hablar y... ¡¿Me preguntas por mi libro?! —dije totalmente incrédulo.

—¡Pues sí! ¡Me pareció que tiene un título interesante! ¡Juguemos ya! —respondió colocándose los visores.

Recuerdo que tomé el visor con ambas manos, lo coloqué sobre mis ojos y la luz me cegó por unos instantes. Sentí frío, estaba acostado sobre la grama, y cuando las primeras imágenes aparecieron con nitidez, me senté y lentamente fui girando para tener una panorámica de aquel increíble lugar.

Sorpresivamente y justo frente a mi nariz, el hocico de un enorme y peludo perro mucuchíes me hizo retroceder en el césped húmedo, y antes de que pudiese ponerme de pie, escuché claramente:

—¡Nevado! ¡Deja al forastero en paz! —gritó un hombre de ruana y sombrero, y el perro se alejó.

—¿Nevado? —susurré.



—¡Esto es increíble! —gritó David junto a mí.

—¡Todo parece tan real! ¡Puedo sentir la brisa! ¡Te juro que puedo oler la tierra mojada! ¡Es fabuloso! —seguía gritando sin parar.

—¡David! ¡David! ¡Oye! ¡Para! ¡Escúchame! —intenté tranquilizarlo y comprender lo que estaba pasando.

—¿Por qué lucimos exactamente iguales a nosotros mismos? ¿No hay avatares? —pregunté, insinuando que realmente no estábamos en el juego, sino en algo completamente diferente.

—¡Pues supongo que el juego nos escaneó! ¡Vamos! ¡Tenemos que averiguar cómo funciona! —respondió David, convencido de estar dentro del juego, y continuó gritando:

—¡Oiga, señor! ¡Usted! ¿Puede ayudarnos?

—¡David! ¡David, por favor, espera! ¡No creo que sea buena idea! —insistí tratando de alcanzarlo.

Mientras David apresuraba el paso hacia el hombre de ruana y sombrero, empezamos a escuchar los cascos de caballos a galope. Una caballería apareció repentinamente; eran al menos cincuenta hombres a caballo y su vestimenta

era de otra época, pero eso David no lo notó y se acercó a ellos decidido a jugar.

—¡Oigan! ¡Oigan! ¿Pueden decirme qué hacer en este nivel? ¿Cómo lo resuelvo? —preguntó con insistencia.

—¡Forasteros! ¿Bajo el mando de quién se encuentran? —gritó un soldado desenvainando su espada.

—¡Él es José! ¡Yo soy David! ¡Somos nuevos en el juego! ¡No somos soldados! ¿Ven? —respondió abriendo su chaqueta y dejando ver su camiseta del Real Madrid.

—¿La corona? ¡Están bajo el mando de la corona española! —gritó el soldado mientras el resto nos rodeó por completo.

—¡Tranquilos! ¡Solo queremos saber cómo pasar este nivel! —explicó David alzando las manos.

—¿Estás con este forajido? —me preguntó el soldado.

Lentamente, abrí mi chaqueta y dejé ver mi camiseta del Real Madrid y, en ese instante, confirmé que no estábamos en un juego; el soldado bajó del caballo, sacó su espada, me hizo retroceder hasta quedar de espaldas con David, y el filo de la punta de su espada cortó mi barbilla. Esa pequeña gota de

sangre que brotó, confirmó mis sospechas: volvió a ocurrir, y no sé cómo, pero viajé en el tiempo y esta vez con mi amigo.

—¡Háganlos prisioneros! ¡No detengan la marcha! —ordenó el soldado mientras nos subían a una carreta con otros prisioneros que vestían botas de cuero y trajes bordados.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué estás sangrando? ¡Esto no es normal! ¡Tenemos que quitarnos los lentes y salir del juego! ¿Por qué no puedo quitarmelos? —gritaba David, golpeándose en la cara incesantemente y entre sollozos, mientras los demás prisioneros nos miraban intrigados.



—¡No lucen como soldados de infantería! ¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí? —preguntó un hombre al fondo de la carreta y con acento español.

—¡No somos soldados! ¡Somos jugadores! —gritó David con desesperación.

—¡Ya cállate, David! ¿En qué año estamos? —me atreví a preguntar.

—¿Tampoco tienen memoria? —preguntó otro prisionero.

—¡Estamos en 1821, zopenco! —respondió el hombre a mi lado mientras me golpeaba la cabeza.

—¡Ay! ¿Y quién está al mando del ejército? —pregunté sobándome.

—¿Al mando? ¿Ejército? ¿Qué te pasa? ¡Debemos desconectar el juego! —me decía David entre dientes.

—¡El ejército patriota viene avanzando al mando del General Bolívar! ¡De La Torre seguirá resistiendo! —respondió el soldado frente a mí.

—¿Has dicho Bolívar? ¿Simón Bolívar? —pregunté emocionado.

Repentinamente, la carreta se detuvo y, junto a nosotros, pasó el hombre de ruana y sombrero. Me llené de valor, me puse de pie y grité:

—¡Tinjacá! ¡Tinjacá!

—¿Qué estás haciendo? ¿Te volviste loco? ¿Y quién es maracuyá? —susurró David, halándome del brazo.

—¡Escúchame con atención! Si estoy en lo cierto, de algún modo —y no sé cómo—, viajamos al pasado, a 1821, y ese hombre es el edecán del perro.

—¡Basta! ¡No quiero oír más de tus fantasías históricas, es incoherente! ¡Estamos atrapados en el juego! —dijo David muy molesto.

—¿Y te parece que estar atrapados en un juego es coherente? —pregunté alzando los hombros.

—¿Edecán del perro? ¿Qué significa eso? —preguntó David incrédulo.

—¡Amigo, en serio te urge conocer la historia! ¡Tinjacá, es el cuidador de Nevado! ¡Nevado es el perro de Simón Bolívar! —expliqué lentamente.

—¡Forastero! ¿Por qué osas llamar al edecán del perro?
—preguntó un soldado de la caballería mientras abría la carreta.

Antes de que pudiese responder, la caballería se formó en filas y un soldado, a quien apenas podía ver entre los madeiros de la carreta, gritó:

—¡Se aproxima nuestro General Bolívar! ¡Todos a sus puestos!

Nos hicieron bajar de la carreta y ahí, en medio un paraje andino, con los rayos de sol colándose entre la neblina de media mañana, la brisa fría en el rostro y el ruido de las caudalosas aguas cercanas, él llegó. Lo divisé en la distancia, a galope; mis pupilas inmortalizaron esa imagen en mi memoria, mi corazón latía tan fuerte como el caballo mismo, sus puños tomaron fuertemente las riendas y paró.

—¡Soo! ¡Soo! ¡Compañeros de armas! —dijo Simón en voz alta. Se detuvieron y, firmes, saludaron.

—¡Descansen! —gritó y retomaron sus labores.

—¡Majestuoso ejemplar, mi general! —comentó un soldado acariciando las suaves y blancas crines del caballo.

—¡Así es! ¡Un regalo de la humilde señora Casilda Zafra, cuando cruzaba el Páramo de Pisba, en Boyacá! —relató Simón.

—¿Y qué nombre le puso, mi General? —preguntó otro de los soldados.

—¡Palomo! ¡Se llama Palomo! —dije en voz alta antes de que él pudiese responder. Frunció el ceño, descendió del caballo y, despacio, se abrió paso entre los soldados que me miraban fijamente, se detuvo ante mí y preguntó:

—¿José? ¿José Palomo? —Apenas pronunció mi nombre, una sonrisa se dibujó en su rostro. Me tomó por los hombros y nos abrazamos fuertemente.

— ¡José! ¡Estás aquí, no lo puedo creer! ¡Oigan todos! ¡Él es José Palomo, mi gran amigo de la infancia! —gritó Simón visiblemente emocionado.

Todos lo miraban confundidos: el forastero, el prisionero, es un amigo de infancia del General Bolívar.

—¡Jamás imaginé volvernos a encontrar! ¡Simón! ¡Amigo mío! —estrechamos nuestras manos y reímos a carcajadas.

—¡Detengan la marcha! ¡Acamparemos aquí esta noche!
¡Abran el vino, tengo un invitado! —ordenó Simón a sus tropas.

—¡En realidad somos dos! —dijo tímidamente.

—¡Él es mi amigo David! ¡Viene conmigo! ¡David, saluda!
—susurré empujándolo por la espalda.

—¡Eh! ¡Señor, yo...eh! ¡Mucho gusto! —dijo David muy nervioso.

—¡David! ¡Es un honor conocer a un amigo de José!
—expresó estrechando su mano entre la suyas.

—¡José! ¡Tenemos tanto de qué hablar! ¡Acompáñame!
—dijo posando su brazo tras mi cuello y fuimos hasta su recién instalada tienda de campaña.

Ese día fue interminable, como una película en cámara lenta, estuve atento a cada palabra, cada detalle; no quería dejar escapar absolutamente nada de aquel momento que, por mucho que durara, seguiría siendo fugaz. Simón recordó con tanta ternura aquel primer encuentro que tuvimos en su casa natal, los juegos con Matea, y me agradeció infinitamente el haber estado junto a él cuando partió su madre de este mundo. Escuchar la historia de su viva voz resultó

totalmente nostálgico. Sus ojos se empañaron y su voz se quebró cuando habló de su gran amor por María Teresa, la boda y lo breve que resultó su matrimonio.

—¡Tal vez no fui hecho para ser un hombre de hogar y de familia! ¿Qué piensas tú? —me preguntó tristemente.

—¡Simón! ¡Tienes una familia mucho más grande de lo que puedes imaginar! —le respondí con entusiasmo.

Me platicó de la muerte de su abuelo y de su estrecha amistad con don Simón Rodríguez, de sus viajes a Europa y los estudios en la academia militar. Si resultaba increíble hablar con Simón, era aún más increíble escucharlo hablar en inglés y francés; comentó incluso de su admiración por Francisco de Miranda.

Mientras las horas avanzaban, pude conocer a Ambrosio Plaza y al mariscal Antonio José de Sucre y, por supuesto, otros grandes personajes de la historia. Para mi amigo David todo aquello era como estar en un set de grabación de una película; los veía como actores y faltó poco para que pidiera sus autógrafos.

—¡General Páez! ¡Por favor, aproxímese! ¡Este joven es José Palomo, gran amigo de mi infancia! —dijo Simón cortésmente.



—¡Joven! ¡Mis respetos! —respondió inclinando la cabeza y se retiró; siempre mantuvo distancia y una mirada de desconfianza.

—¿Lo viste? ¡Ese señor blanco de ojos grisáceos y gran bigote! ¡El que parece estar enojado! ¡Es José Antonio Páez! ¿Puedes creerlo? —me susurraba David, con una mezcla de incredulidad y asombro.

—¡Pedro! ¡Compañero! ¡Te presento a José! ¡Gran amigo de mi niñez! —continuó Simón presentándome a sus compañeros.

—¡José! ¡Compartimos la admiración y respeto por el General! —dijo el hombre de tez morena.

—¡Señor Camejo! ¡Es un inmenso honor estrechar su mano! —respondí.

—¿Cómo sabe mi apellido joven? —preguntó confundido.

—¡Él sabe muchas cosas de nosotros! ¡No te preocupes! —le respondió Simón con una amable sonrisa.

—¿Y ese señor quién es? ¿Lo conoces? —nuevamente preguntó David entre dientes.

—¡Él es Pedro Camejo! —respondí en voz baja.

—¿Quién dices qué es? —volvió a preguntar.

—¡Es Negro Primero! —respondí rápidamente para que no insistiera.

—¿En serio? ¿Cómo la canción? ¿Ellos son el negro y el catire? —preguntó y, esta vez, en voz alta.

—¡Ssshhh! —le mandé a callar y, emocionado, se marchó a conversar con ellos.

Llegó la noche. Las tropas se reunieron junto a la fogata. Uno a uno se sentaron alrededor de la enorme olla hirviente. Simón tomó un tazón de peltre, me lo entregó, y dijo:

—¡Adelante! ¡Buen provecho!

Me acerqué y la cocinera llenó el tazón de sopa. Nos sentamos juntos bajo un árbol, tomé la cuchara de plata, soplé y probé el caldo, lo degusté lentamente y, antes de poder pronunciar palabra alguna soltó la carcajada.

—¿Qué dirás? ¿Es tan glorioso como el asado de Hipólita? —preguntó mientras acariciaba a Nevado.

Se sonrió, se sirvió otro trago de vino y, en ese instante, un detalle saltó a la vista. Simón fijó su mirada en mi

camiseta, su sonrisa se borró, se levantó bruscamente del taburete y, titubeante preguntó:

—¿La corona española? ¿Acaso fallé? ¿Por qué llevas la corona española en el pecho? ¿Qué significa esto? —preguntó enojado. Luego, tomándome de la camiseta, me levantó del asiento.

—¡Déjame explicarlo! ¡No es una cuestión política! —dije en mi defensa.

—¡Te escucho, tienes toda mi atención! ¡Por eso te tomaron prisionero mis tropas! ¿Cierto?—preguntó inquisitivo.

—¡Siendo un niño me dijiste que sería llamado El Libertador y así es! ¡Hace ocho años, el 14 de octubre, fui proclamado Capitán General de los Ejércitos de Venezuela tras las campañas para derrotar al dominio español! ¿Cómo y por qué llevas eso en el pecho? ¡Yo vi mi rostro, mi nombre y apellido en una moneda acuñada en el futuro! ¡La traías en el bolsillo! ¡Y ahora llevas la corona española como insignia! ¿Por qué? —hablaba sin parar y yo tenía miedo de interrumpirlo y hacerlo enojar aún más. Tras una breve pausa le dije:

—¡Simón! ¡En el futuro! ¡En nuestro futuro sigues estando presente! ¡Hoy más que nunca! ¡Ciertamente tu sueño de la Gran Colombia no se concretó!

¡Pero..!—dije temeroso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con suma seriedad y mirándome fijamente.

—¡Simón! ¡No creo que deba hablarte de eso, no creo que el propósito de estos encuentros sea cambiar el pasado o el futuro! —respondí, en un intento por tranquilizarlo.

—¿Entonces? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué quiere el destino? —gritó enojado y se retiró.

La noche fue fría, larga e incómodamente silenciosa. Tendido en la hamaca y mirando las estrellas buscaba una respuesta para sus preguntas. Hace más de una década mi silencio lo acompañó, pero ahora era diferente; necesitaba algo más que mi compañía. No pude conciliar el sueño y, en mi desvelo tuve una idea.

Desperté a David de madrugada y le pedí ayuda. Antes de despuntar el alba, habíamos hecho un improvisado campo de fútbol y un balón con cuerdas y trapos viejos. En un enorme budare hicimos decenas de arepas y, con algo de ayuda colamos café. Apenas despertaron las tropas, se acercaron curiosos a comer nuestro desayuno, mientras debatían acerca del campo.

Simón despertó y ya la algarabía se sentía en el ambiente. Me acerqué con un par de arepas con queso fresco y una taza humeante de café y le dije:

—¡Simón! ¡Eres el padre de mi patria! ¡Nueva Granda y Venezuela en algún momento se separan y la Gran Colombia no será la nación que soñaste! No, serán cinco países, cinco naciones bolivarianas. ¡En todas te admiramos y respetamos. ¡Venezuela, tu cuna, es la cuna de un pueblo como ninguno!

¡Somos gente alegre, entusiasta, incansable, creativa por naturaleza, fieles a la amistad, con una fe inquebrantable y todo es el resultado de nuestras raíces; somos una mezcla del aborígen, del blanco español, del negro esclavo y de tantos que llegaron a nuestra tierra!

¡Venezuela, es y será siempre el país más grande del mundo, porque Venezuela existe donde existe un venezolano! ¡Nuestro corazón no sabe de fronteras, banderas o insignias! ¡En la casa de un venezolano todos son siempre bien recibidos, siempre! ¡Y somos lo que somos porque tú creíste firmemente en la libertad! —dije en voz alta y todos me escucharon atentamente.

—¡Esta camiseta es solo una prenda de vestir! ¡No sé si lo comprendas, pero el deporte, el juego, es una forma de

entretenimiento, no significa que somos parte de un batallón! ¡No es una insignia! —dije decidido a hacerlo comprender.

David se encargó de formar los equipos y explicar las reglas básicas, fui a su tienda de campaña tomé un trozo de papel, hundí la pluma en el tintero y con torpeza tracé el dibujo del campo, las posiciones... las estrategias y pacientemente les expliqué. En un principio muchos se resistieron a participar pero poco a poco se fueron sumando. Al cabo de un rato y tras observar a los demás, Simón se levantó del taburete caminó directo al centro del campo, tomó el balón y dijo:

—¡Hace cuatro años escribí una carta a mi amigo, el coronel José Leandro Palacios, hoy ratifico mis palabras! ¡La amistad es mi pasión! —puso el balón en el suelo, me miró y con una gran sonrisa pateó. Aquello hizo que hasta el más reacio se uniera al juego, incluso el General Páez se acercó mostrando interés en lo que hacíamos. Ver al Libertador jugando fútbol y divertirse con sus soldados fue, sin lugar a dudas, uno de los instantes más valiosos de este encuentro. La improvisada oncena, que espontáneamente tuvo a Simón de capitán, tenía también a Pedro Camejo, Manuel Cedeño, Santiago Mariño y Ambrosio Plaza quienes tomaron posición instintivamente, y David se les unió en el campo.



Transcurrieron unos veinte minutos de partido. Para mí, fue una vida entera. Con una destreza totalmente increíble, se pasaban el tosco balón. Poco a poco se despojaron de los uniformes y algunos, incluso descalzos, buscaban el gol. Simón se divertía en grande: el sudor corría sobre su frente, tenía restos de grama ensuciando sus botas y la camisa abierta a la altura del pecho con las mangas recogidas hasta el antebrazo. Bebió un sorbo de agua y continuó corriendo; le hizo el pase a Negro Primero, que jugaba de lateral, y él me entregó el balón. Seguí de frente, sin volver la vista atrás y con plena seguridad de que ahí estaría. Alcé el balón con un pase de chilena, Simón cabeceó, el balón atravesó la rudimentaria portería. Por un instante, todos enmudecieron, y fue David quién rompió el silencio con un grito:

—¡GOOOLLL! ¡Gol de Simón Bolívar, señores! ¡Gol!
—gritaba sin parar. Las tropas completas llenaron el campo, lo alzaron en sus hombros gritando. Nevado ladraba sin parar, todos reían —escucharé sus carcajadas por siempre— y entonces comprendí: el propósito de estos encuentros no era hacerme conocer la historia en profundidad; mi destino es ser amigo de Simón en este tiempo y en el mío, y en estas fugaces visitas, darle sosiego, apoyo y leal amistad.

—¡José Palomo! ¡Te toca llevar al capitán en el lomo!
—gritó Pedro Camejo entre carcajadas.

—¡Sí! ¡Ya me suena bastante familiar! —respondí resignado.

¡Gracias, José! —fueron sus palabras. Tras el histórico gol y la bulliciosa celebración, caminábamos hacia la sombra de los samanes cuando se detuvo, justo a la mitad del campo. Suspiró y, con ambas manos en la cintura alzó la mirada; brevemente frunció el ceño como quién descifra un acertijo y apresuró el paso, dejándome atrás.

—¡Simón! ¡Espera! ¿Qué pasó? —grité, tratando de alcanzarlo. Ya en su tienda de campaña, extendió sobre su mesa de cedro un mapa de su puño y letra, y sobre este colocó el torpe dibujo que tracé del campo de fútbol y las estrategias. Me miró fijamente. A continuación, con ambas manos sobre el papel, dijo:

—¡Ya sé cómo vencer al ejército realista bajo el mando de Miguel De La Torre!

—¿Esto es lo que creo? —pregunté confundido. En ese instante, David entró a la tienda, se acercó a la mesa, observó ambos trozos de papel y nos miramos mutuamente. Ahí estaban: el mapa de la sabana de Carabobo y mi garabato futbolístico. Simón los alzó a contraluz con el sol.

—¿Eso es...? ¿Es el mapa de...? ¿De la batalla de...? ¡Oh por Dios! —titubeaba David, incontrolablemente.



—¡Gracias, José! ¡Pasaste de ser mi amigo a ser compañero de armas! Ninguno de nosotros entenderá realmente cómo funciona pero, si el futuro necesitó del pasado, itambién el pasado necesitará del futuro! —expresó Simón como solemnidad.

Se retiró del sol, se aproximó a la mesa. Lentamente colocó los papeles sobre esta y justo cuando las yemas de nuestros dedos los tocaron, ocurrió: un haz poderoso emergió de ellos y, a través de este, vi a Simón sonreír, con afecto, gratitud y grandeza. Inesperadamente, las palabras de mi amigo David, citando al maestro Rodríguez, nos sorprendieron:

—¡Para una historia se necesitan muchos autores!

Y de pronto, ahí estábamos en la sala de Gabriel, sentados en el sofá, con las camisetas del Real Madrid. Con lágrimas en los ojos dije:

—¡No pude despedirme! ¡No pude decirle adiós! ¡Amigo, conocimos al Libertador!

David me abrazó fuertemente y en silencio, y Gabriel sin poder comprender lo que sucedió preguntó:

—¿Pueden explicarme porque gritaban: ¡gol de Simón Bolívar!?

EDICIÓN DEL CENTRO DE ESTUDIOS
SIMÓN BOLÍVAR
JUNIO, 2025

CARACAS, VENEZUELA

Conocimos al Libertador es un relato que sigue las emocionantes aventuras de José Palomo, un niño que encontró en Simón Bolívar un ejemplo de vida y una fuente inagotable de motivación para el logro. Este libro nos transporta en un viaje en el tiempo que permite el reencuentro de una amistad basada en el respeto, la admiración, la confianza y la libertad. Sé parte de esta increíble travesía temporal y descubre, a través de ojos juveniles, la brillante estrategia que consolidó el triunfo avasallador de la Batalla de Carabobo. Una historia que celebra la amistad y el espíritu indomable del pueblo venezolano.

ONELIA D. PÉREZ V. (Valencia, Carabobo, 1983)

Licenciada y especialista en Educación por la Universidad Nacional Abierta y la Universidad Dr. Rafael Belloso Chacín, respectivamente. Ha ejercido como docente de aula por más de dos décadas. Hija de una bibliotecaria, Onelia es una escritora formada en la Casa de Letras Andrés Bello y el Centro Nacional del Libro. Se describe como una apasionada de la lectura y la escritura, además de ser esposa y madre de dos hijos. En 2022, fue la ganadora del Primer Concurso de Literatura Infantil "Bolívar contado para niños" del Centro de Estudios Simón Bolívar, con su cuento Conocé al niño Simón.

ELAINE ZORRILLA

Conocida como @fanelma_art, es una talentosa ilustradora venezolana que se distingue por la creación de personajes inusuales y el desarrollo de narrativas visuales dinámicas, cargadas de mucha acción. Sus ilustraciones combinan de manera única los estilos propios del cómic con los del libro ilustrado. Elaine transforma cada imagen en una ventana a historias y emociones profundas, ofreciendo al lector un universo visual único en cada página.